

Desembrizando el escudo,
Quitando el peto y espalda;
Desatando el bracelete,
Echando acullá la maza,
Besando la toca azul,
Que es celos, y celos rabia;
De coraje y de ira lleno,
De la perdida emboscada
Está el fuerte moro oyendo
El aviso de la Alhambra.
El Rey manda que en el punto
Suba á su real sala,
Donde está toda la corte
Decretando cierta causa.
Un paje viene corriendo
Del cielo do está su dama,
Y como viene del cielo
Trae del cielo una embajada.
—Gallardo moro, te espera,
Dice el paje, quien mas te ama,—
Y el mensajero replica:
—El Rey y la corte aguardan.—
Vuelve el rostro de ira lleno,
Y no contra quien la agravia,
Mas contra sí, y quien pregunta,
Pregunta, responde y calla.
Está un poco emudecido,
Que acontece á quien bien ama,
Que quien no sabe de amor
Pocos tragos destes pasa.
—El Rey, dice el mensajero,
Mala espina tendrá; — y calla,
Que es destreza al fuerte toro
Saber medille la vara.
Cada cual le está incitando,
Que no halla poco quien halla
Los mensajeros tan fieles,
Que en esto no tengan falta.
—;Almoralife! ¿qué esperas?
Que hay peligro en la tardanza.—
Dice el moro: —¿quién me espera?—
Responde el paje: —Tu dama
Felisalva, Almoralife:
Almoralife, aquella alba
Que te suele dar luz pura
Cuando á tu noche le falta,
Piensa que vienes herido,
O que sirves á otra dama,
Que te cura las heridas
Que amor y el rebato causan.
Vióte venir de la guerra,
No alzaste á verla la cara:
;Cara cuesta tu venida!
;Tu venida cuesta cara!
;Moro, mira por tus ojos,
Que son espías del alma,
Y en amor son sobrescritos
De las amorosas cartas!
Mejora con tu presencia
La venida de Granada:
Así el cielo no empeore
Tu jornada y suya á Baza.
Deja de estar pensativo,
Piensa cómo está tu dama;
Aunque mal digo no pienses,
No pienses hasta mañana.
Ven donde verás el daño
Que hace verdadera causa
De imaginar si la truecas
Por otra que mas te agrada.
Eres tú sol, sola Fénix
Es ella, y en ti se abrasa,
Y quedarás con cenizas
Solás, si en venir te tardas.—

(Romancero general. — It. Flor de varios y nuevos
Romances, 1.ª parte.)

ROMANCES DE JARIFE.

179.

JARIFE. — I.

(Anónimo.)

Una parte de la vega
Que el Genil y Darro bañan,
Cuyas aguas enriquecen
El Jaragui de Granada,
Como mejor posesion,
Amena y de mas ganancia,
Dejó en dote Amete, persa,
A su hija Celindaja,
Mora que entre moras bella
La llama quien vella alcanza;
Y alcanza tanto poder
Que nadie alcanza á miralla,
Sin que al momento no rinda
Alma, corazon y entrañas,
Que son despojos y gajes
Que ofrecen los que bien aman.
Estaba prendado della
Un bizarro de Cartama,
Y preciase de bizarro
Porque es bizarra su dama.
A las nueve de la noche,
Cuando comienza Diana
Con su clarifica lumbre
A tender rayos de plata,
Parte el moro venturoso
A ver á su Celindaja,
A ver su pena y su gloria,
Si en un supuesto se hallan.
No le cabe la alegría,
Que lleva dentro en el alma,
Y quiere que las riberas
Gocen hoy de sus ganancias.
Suelta la voz, dando al viento
Mil donaires, mil palabras,
Que el amor tenia esculpidas
Como piedra en sus entrañas.
Sintió gran rumor y estruendo
Entre las espesas matas,
Que los ecos de sus glorias
Esperan nuevas mudanzas.
Dos dispuestos moros siguen,
Con callada y veloz planta,
Por el rastro de las voces
Y de la alegre algazara.
Al moro, y como los siente,
Vibrando fuerte la lanza,
Con horrisono sonido
Vuelve rienda, embraza adarga,
Aprieta la toca al brazo,
Pone hebillita y entaza;
Encaja el verde bonete,
Da de espuelas, presto salta.
—;Traidor, dice el uno dellos,
Villano, de vil canalla,
Aguarda, guarda, que vengo,
Que vengo, que vengo, aguarda!
;Apercíbete, morillo,
Escúdate con la adarga,
Que si no te escudas presto
Pasarte he con esta lanza! —
Gallardo se muestra el moro
Oyendo el aguarda, aguarda,
Y pelea embravecido
De la noche á la mañana,
Que no teme aquesta guerra
Quien salió de otra mas brava.
Ya las puertas de occidente
Pasa la clara Diana,
Y con claros rayos Febo
Dora las cumbres mas altas
Y como si en aquel punto

Comenzaran la batalla,
Andaba la escaramuza
Los dos contra el de Cartama.
Jarife viéndose solo,
El dulce nombre declara
Que rumiaba entre los dientes
De su hermosa Celindaja;
Y habiéndole pronunciado,
Sin derribar mas la maza,
Deja su mayor contrario
La comenzada batalla.
—Muy venturoso, le dice,
De muy valiente le alaba;
;Mas cómo no lo serás,
Si te ayuda Celindaja?
Goza, moro, lo que es mio,
Que yo te doy la palabra
De jamas te lo estorbar
En fiestas, zambra ó batalla.—
Fuése siguiéndole el moro
Que había venido en su guarda,
Y Jarife dió la vuelta
Para tornarse á Cartama.
(Romancero general. — It. Flor de varios y nuevos
Romances, 3.ª parte.)

180.

JARIFE. — II.

(Anónimo.)

Sobre destroncadas flores,
Junto á la fuente del Cisne,
Sentada está Celindaja,
Mas hermosa que no libre.
Mirando está al verde prado
Sus colores y matices,
Que con el sol resplandecen,
Y con el agua reviven.
No le alivian sus cuidados
Verdes plantas y jazmines,
Ni las horas regaladas
De las sombras apacibles:
El mal que en el alma siente,
Cualquier contento le impide,
Que las flores, fuentes, fiestas
Mas al afligido afligen.
Por un pequeño recelo
Que dentro del pecho vive,
Consiente amor en sus leyes
Que muera el amante triste.
Así Celindaja muere,
Y aunque muere no lo dice;
A mas padecer mas calla,
Sin á nadie descubrirse.
Quiere quejarse, y no puede
Y una vez y otra repite;
Mas cansado el sufrimiento
Al viento la voz despide:
—Pensamientos amorosos,
;Dichoso el que no os admite,
Cuanto pobre y desdichado
Quien por vosotros se aflige!
Decid, ¿por qué os cautivásteis?
Declarad todo el origen,
Si no es tan secreto el caso
Que pierda algo por decirse:
Mas si de veras amais,
Olvidar es imposible,
Y mas si con el amor
Teneis la fortuna firme.
;Ay quién supiera do estás,
Mi regalo y mi Jarife!
;Si acaso vives con otra?
;Mas ay, si con otra vives!... —
El moro que oyó el lamento
Procura presto encubrirse,
Para oír el tierno llanto
De su mora, y lo que dice;

Pero no pudo aguardar,
Ni el sufrimiento sufrirse,
Que el firme amor en su pecho
Le hace que de priesa aguije.
Con mil suspiros comienza
A hablarla, y la mano á asirle,
Diciendo: —Mi Celindaja,
;Quién hay que del bien te prive?
;Tiene por ventura el mundo
Aliatares ni Adalifes,
Gomeles, Muzas ni Azarques,
Sarracinos ó Cegries,
Que cualquiera en tu servicio
No se postre y arrodille,
Y para mas agradarte
A besar tus piés se incline?
;Mas qué es lo que dije ahora?
;Cobarde! ¿qué es lo que dije!
Que si no soy yo, ninguno
Puede pretender servirme.—
Descubre el rostro la mora,
Como el sol tras el eclipse,
Tan apacible y alegre,
Cuanto alegre y apacible;
Y el enamorado moro,
Que en sus razones prosigue,
A vueltas de mil ternezas
A su Celindaja dice:
—Sosiégate, gloria mia,
Haz que tus ojos me miren,
Que en ley de moro te juro
Que jamas mi ley te olvide.
Aquese dolor se aplaque,
Porque el mio se mitigue,
Y recibe en holocausto
Esta vida que en ti vive.—
Con el fin de estas razones,
Ambos á dos se despiden,
Diciendo: —Alá te acompañe:
Alá te acompañe y guie.—

(Romancero general.)

181.

JARIFE. — III.

(Anónimo.)

Al alcaide de Antequera
El Rey de Granada escribe,
Que contra el Rey castellano
Diez y seis lanzas le envíe;
Las ocho que partan luego,
Y á Jaen las encamine,
Y que aperciba las otras
Para el tiempo que le avise.
Besa Zulema la carta,
Y ejecuta lo que pide,
Escogiendo de sus moros
Los mas fuertes adalides.
En este tiempo á la corte
Le fué forzoso partirse
A poner en paz dos moros
Que tratan guerras civiles;
Y á su hijo noble encarga
Que al Rey las lanzas envíe,
Pues el honor de los dos
En esta empresa consiste.
Un domingo salen todos
Al son de sus añafles,
Los caballos cordobeses
Y los soldados Cegries.
De amarillo, azul y blanco
Los ocho moros se visten,
Colores de Celindaja,
Por quien suspira Jarife:
Bonetes de mezcla llevan,
Y con bandas verdes ciñen
Las plumas blancas terciadas
Que verlas todas impiden.

Alfanjes de Tunez penden
De doblados tahalies :
Las mazas en el arzon,
Y las lanzas en el ristre ;
Bayos llevan los jaeces,
Las sillas blancas y firmes,
Los estribos plateados,
Y negros los borceguies.
La trompeta que los llama
Un fuerte soldado sigue,
Que va por cabo de todos,
Y la fuerte escuadra rige.
En un pendon de damasco
Aunque se precia de humilde,
Por orla bordado lleva
Del alcaide el nombre insigne ;
Y las bandas de sus armas
Con las otras que dividen
Los cinco leones fuertes
De no domadas cervices.
Los moros salen á verlos,
Y las moras los bendicen,
Porque van aventajados
A los Muzas y Alfaquíes.
Gallardo sale este dia
En una yegua Jarife,
Que las armas hurtó al viento,
Y la color á los cisnes,
Con una estrella en la frente
Alheñadas cola y clines,
Y un jaez azul, bordado
De aljófar y de rubies.
En la adarga lleva un sol
Y una muerte negra y triste,
Con unas letras doradas
Que dicen : « Cuando se eclipse ».
Blancas y amarillas plumas,
Entre tocas tunecies,
Con un alquicel bordado
De estrellas y flor de lises :
Un alfanje de Toledo,
Con el puño de amatistes,
Y en lugar del pomo de oro
Una cabeza de tigre.
La gruesa lanza de fresco
Parece en sus manos nimbres,
Que como el viento las plumas
Así la juega y esgrime.
Oído se ha la trompeta
Dentro de Generalife,
Cuando por verle las damas
Desamparan los jardines.
El moro mira las rejas,
Obligando á que le miren ;
Y viendo á su bella ingrata
Así la requiebra y dice :
— Si vivir sin esos ojos
Fuera á mi alma posible,
O pudiera de la tuya
Sin la muerte dividirme,
Yo fuera á servir al Rey,
No porque privanza envidie,
Mas por traerte despojos
De algunos cristianos libres.
Lo que es posible en tu nombre,
Y la ocasion me permite,
En los soldados se muestra
Y en los colores que visten.
Quien tiene cautiva el alma
Mal puede llamarse libre,
Y el que parte sin morir
No diga que no le olviden :
Ellos se van, y te ofrecen
Los cristianos que cautiven,
Mientras lo queda su dueño
De los ojos por quien vive.—
Alegre la hermosa mora,
De que no quiere partirse,
Y que solo con las lanzas

Al Rey de Granada sirve,
Cúbrele desde el balcon
De azucenas y alelies,
Y el moro favorecido
De la reja se despide.
Sacó la lanza gallardo,
Y por hacerse invisible
Al viento deja suspenso
De que la yegua le imite.
(Romancero general.)

182.

JARIFE. — IV.
(Anónimo.)

Ardiéndose está Jarife
En el fuego de Daraja :
Vela en ajeno poder,
Y él se ve en el de mil brasas :
Sus suspiros son el viento,
En que se enciende esta llama :
Sus quejas son las centellas,
Y el humo sus esperanzas.
No cura ya del jaez
Ni de la pluma bizarra,
Ni de bordar el aljuba,
Ni del color de la manga :
Solamente se desvela
En el hábito del alma ;
Que amor, como le parece,
Ya le estrecha, ya le enfada :
Huye de gente los dias ;
Llorando las noche pasa,
Y á voces se queja al viento
Con semejantes palabras :
— ¡ Daraja, tanta hermosura,
Cómo tan mal empleada ?
¿ Cómo voluntad tan libre
Se volvió tan presto esclava ?
¿ Que dejes á tu Jarife,
Que no vale menos que ama,
Y que siendo el que es Muley
Le quieras mas que á tu alma !
¿ Tanto te va en ver sin vida
Al que en servirte la gasta ?
¿ Tanto te va, fiera bella,
En que te noten de ingrata ?
Si huelgas como enemiga
De ver mi muerte temprana,
Yo mismo la buscaré,
Si quien la busca la halla ;
Que cuando en escaramuzas
Al encuentro no me salga,
Estando cerca mi estoque
No he menester su guadaña ;
Y si la muerte que digo
Te parece muy honrada,
Haz que me mate á traicion
Ese que ya me la trata.
Fácil le será matarme,
Aunque en armas menos valga,
Pues en tenerte consigo
Sin ellas me quita el alma ;
Y tú vivirás contenta
Cuando por toda Granada
La muerte de tu Jarife
Por todos fuere llorada.
Cuando te contare alguna
De menos duras entrañas
A dónde hallaron mi cuerpo,
Y quién le lavó las llagas ;
Cuántas lanzadas tenía,
Y cuántos golpes de espada,
Y cuántas horas estubo
Sin conocerle en la plaza ;
¿ Qué te faltará aquel dia
Para bienaventurada,
Si no te turba el contento

Ver mi desdicha acabada ?
Podrás despues de yo muerto
Ir libremente á las zambras ;
Podrás sacar en las fiestas
Una gala y otra gala ;
Podrás gozar de la vega,
Y ponerte á la ventana,
Y entre las moras amigas
Alabarte de esta hazaña :
Y como tendrán mis huesos
La tierra por dura cama,
¿ Bien te ha de valer mi muerte
Para vivir descansada,
Si menos ha de celarte
El que sabes tú que trata
Mas de vengarme de ti,
Que yo de pedir venganza !—
(Romancero general.)

183.

JARIFE. — V.
(Anónimo.)

Al lado de Sarracina
Jarife está en una zambra,
Hablando en su amor primero,
De qué fué la secretaria.
— ¡ Sois vos, le dice la mora,
Jarife aquel de Daraja,
Aquel de fe templo, aquel
Monstruo de perseverancia ?
Tres años ha, caballero,
Que os llora por muerto España :
Si muerto, ¿ cómo en el mundo ?
Si vivo, ¿ cómo sin alma ?—
El enamorado moro,
Por satisfacer la dama,
Ni en voz humilde ni altiva
Así la lengua desata :
— El hilo de nuestras vidas
En mano está de las Parcas,
Ellas le rompen y tuercen,
Que fuerza de amor no basta.
A cada cual su carrera
De una vez se le señala ;
No hay mas alargar la corta,
No hay mas acortar la larga.
Si hubiera querido el cielo,
Que para mas mal me guarda,
Puerta han dado mis empresas
A mas de un morir de fama :
Mas de una vez el Maestre
Midió conmigo su lanza ;
Mas de un golpe de los suyos
Guarda por blason mi adarga.
En la traicion de Muley,
Y en la libertad de Zaida,
Si no derramé la vida
Fué culpa de mi desgracia ;
Aunque fué, si bien se mide,
Cosa por razon guiada,
Que no es justo pueda el hierro
Lo que no puede la rabia.
Vi triunfar á mi enemigo,
De quien me venció sin armas,
Yo el cuello puesto en cadenas,
Y él su frente coronada :
Vi adornados sus trofeos
De mil laureles y palmas,
Y el ave de Ticio fiera
Cebarse de mis entrañas.
¿ Entonces, entonces, muerte,
A buena razon llegaras ;
Tuviera el sepulcro el cuerpo
Do tuvo su cielo el alma !
Muriera donde á lo menos
Supiera el mundo la causa,
Donde mis placeres, donde

Murieron mis esperanzas.
Mas si está ordenado arriba,
Vivamos, pase esta farsa,
Que quien hasta aqui ha sufrido
Sufrir podrá lo que falta.—
(Romancero general.)

184.

JARIFE. — VI.
(Anónimo.)

En la vega está Jarife
Mirando el famoso alcázar
Que á Generalife sirve
De fuerte, corona y guarda ;
Y al mismo tiempo que el sol
Doraba la luz al alba,
Y el rocío de sus ojos
Deshizo el sol de Daraja,
A cuyo fuego tambien
Desató la lengua helada,
Y descubrieron las quejas
Detenidas en el alma.
— ¡ Bien he visto, dice el moro,
Si las sospechas engañan,
Pues han salido mas, ciertas,
Que fueron imaginadas !
Por el primero favor
Me diste una pluma, ingrata,
Imágen del seco fruto
De mi perdida esperanza :
Pensé que el grande calor
Del amor que me mostrabas,
Fertilizara tu pecho,
Tierra estéril, seca y tarda,
Y que la palma me diera
El dulce fruto temprana ;
¿ Pero quién siembra en arena
Que coja viento y palabras !
Llegóse ya la ocasion
En que pudieran mis ansias
Hallar remedio en tu pecho,
Y estaba en él tu mudanza ;
Pero como de mi mal
No fuiste mas que la causa,
Al apurar de la fe
Se conoció que eras falsa.
¿ Para qué finges, cruel,
Imposibles y amenazas ?
Pero si amaras, supieras
Que no las teme quien ama.
Los mayores imposibles
Amor deshace y allana,
Porque es como el rayo fuerte
Que lo mas fuerte quebranta.
Como dos contrarios juntos
Para vencer se señalan,
Así amor en imposibles
Su poder muestra y levanta.
No te espantes si el desden
Y el alma desengañada
Pueden tanto, que me fuerceu
A que del tiempo me valga,
Y que busque mi remedio
Y procure mi venganza,
Que un desden sana con otro,
Si amor con amor se paga.
¿ Por mucho que el fuego sea,
Puede ser la nieve tanta
Que venza lo menos fuerte
Con la calidad contraria !
No te fies de los ojos
Que cuando quieren me matan,
Pues la fuerza de un disgusto
La mayor paciencia acaba.
A mujer que quiere bien
¿ Qué impiden tias ni hermanas,
Pues los muros y las torres

Suelen ser débiles cañas?
Amor que mira en respetos,
¿Por qué causa amor se llama,
Si al Amor le pintan ciego
Porque no repara en nada?
¿Esas tibiezas y celos,
Recelos, dudas, palabras,
No son efectos de amor,
Que al amor nada le espanta!
Sin quemarse, el vivo fuego,
Y á pié enjuto el agua pasa,
Asperos montes camina
Y al aire extiende sus alas.
¿Quien pone duda en su gusto
Mucho descubre del alma!
Yo á lo ménos bien conozco
Que no le tienes, Daraja.
Si una vez se apaga el fuego,
No hayas miedo que renazca,
Que no he de ser como el Fénix,
Aunque he sido Salamandra.—
Esto dijo, y suspirando
Picó su yegua alazana,
Y entró en Granada furioso
Por la puerta del Alhambra.

(Romancero general.)

185.

JARIFE. — VII.

(Anónimo.)

¿No la reina de las aves
Cuando se abate á la presa,
No la flecha de Diana
Sale del arco tan presta,
Como parte de Jerez
El nieto del gran Zulema!
¿Bien se le parece al moro
Que amor las alas le presta!
La vuelta va de Toledo,
Jurando no dar la vuelta
Hasta allanar el alcázar
De quien depende esta empresa
Vele al pasar su Daraja,
Y reconoce la yegua,
No la empresa de la adarga,
Que como olvidado es nueva.
Lleva en lugar del ayunque
Y del monte, aunque lo fuera,
Un hacha verde encendida,
Con otra amarilla y muerta.
Sin letra va la divisa,
Que es el alma de la empresa,
Que mientras vive su alma
No quiere empresa con ella.
Verde toca, verdes plumas,
Verde la manga, y cubierta
De menudo aljofar, verde
Borcegui, mochila y cuerda:
Verde la aljuba que viste
Llena de blancas estrellas,
Y por los verdes extremos
Se ve lo pajizo apénas.
Conócele, y desconoce
La dama, mira, arde y tiembla,
Ni bien se atreve á llamarle,
Ni bien de llamarle deja.
En esto alzó el Bencerraje
Con descuido la cabeza,
Pudo ser que por miralla,
Aunque le pesó de vella;
Y como mas de cortés
Que de obstinado se precia,
Inclina tocado y lanza,
Y recoge brazo y rienda.
Ella con voz alterada
Le dijo, viéndole cerca,
Después de algunos suspiros

Y alguna lluvia de perlas:
—Jarife, ¿para matarme
Tan galan y tan apriesa?
¿Qué promete esa verdura?
¿Qué hachas quieren ser esas?
¿Es Zaida la verde y viva,
Y yo la amarilla y muerta?
¿O son hachas de sus bodas
Que sirven á mis exequias?
Irás muy gallardo agora
A la comenzada empresa,
Si no está cansado el cielo
De sufrir mil insolencias.
¿Piensas que por ser galan
Y haberte puesto en la overa,
Por ser de prueba el adarga
Y la lanza algo mas gruesa,
Y por ser, como otras muchas,
Esta jornada en mi ofensa,
Puedes allanar los montes,
Y hacer de los valles sierras?
¿Camina, ingrato, camina!
¿Pretende mujer por fuerza!
¿Trabaja de romper solo
Por tantas gradas y puertas!
Que si de los justos cielos
Algo puede la clemencia,
Yo espero ver de tu cuerpo
Cebadas aves y fieras;
Y el corazon que me diste,
Y agora, traidor, me llevas,
Pasado de tantas lanzas,
Como de amorosas flechas.
No siempre la ciega diosa
Temeridades aprueba,
Ni siempre cerrado el cielo
Está de un triste á las quejas.—
Esto dijo demudada,
Y sin aguardar respuesta
En confusion á Jarife,
Y al mundo dejó en tinieblas.

(Códice del siglo XVII.)

186.

JARIFE. — VIII.

(Anónimo.)

—Fiel secretario Lisaro,
El forastero Jarife,
Sabiendo tus pretensiones,
Por esta carta te pide,
Que á la discreta Daraja
No la rondes ni visites,
Ni gozar de sus favores
Procuras ni solicites:
Que no la escribas billetes,
Porque si alguno la escribes,
El alma que tengo en ella
Ló ve luego, y me lo dice:
Que es harto mejor que ocupes,
En servir al Rey que sirves,
La pluma, que no ocupalla
En billetes mujerieles.
Hanme dicho que procuras
Con mil astucias y ardides,
Apartarme de sus ojos,
Siendo una cosa imposible.
Causaste en balde, Lisaro,
Si della quies dividirme,
Que dos almas que son una
Solo el morir las divide.
Mil moros hay en Granada,
Tan gallardos y gentiles,
Que hurtan la hermosura á Apolo
Y esfuerzo y valor á Alcides;
Y aunque algunos pretendieron
Asistir en lo que asistes,
Salióles al fin la suerte

De la color de los cisnes:
Que este ceguezuelo amor,
Como es hecho de imposibles,
Lo que es fácil dificulta,
Facilita lo difícil.
Yo he visto moras gallardas
Despreciar moros sublimes,
Y después poner su amor
En un paje que las sirve;
Porque en gustos no hay disputa,
Ni en amor leyes que obliguen,
Ni en las mujeres razon
Que su gusto las limite.
Significote estas cosas,
Porque me han dicho que dices
Mal de mí, y que de Daraja
Te maravillas y ries,
Porque poniendo su amor
En un forastero humilde,
Deja un secretario real
Que la ciudad manda y rige.
Humilde soy, y no en sangre,
Que si eres de los Cegries,
Yo soy de los Bencerrajes,
Y en desgracias pareciles.
¿Siempre fuéron envidiados,
No es mucho que tú me envidies,
Que siempre damas nos quieren
Y traidores nos persiguen!
Tambien me certificaron
Que entre las trazas que diste
Para gozar de Daraja,
Desterrarme pretendiste.
¿Preciándote de discreto
Muy necia eleccion hiciste,
Porque mal, Lisaro amigo,
Un cuerpo sin alma vive!
Daraja tiene mi alma,
La suya en mi pecho asiste,
Vivir sin mí es excusado,
Y yo sin ella imposible;
Y pues indicios has visto
De ser esto verosímil,
Deja el alma de mi alma
Y procura otra alma libre.
Otras moras hallarás
Que te sirvan y acaricien
De voluntad, que el amor
Nunca por fuerza se rinde.—
Acabada esta razon
Cerró la carta Jarife,
Y á Lisaro la envió
Con un paje que le sirve.

(Romancero general.)

ROMANCES DE LISARO.

187.

LISARO. — I.

(Anónimo.)

Ya por el balcon de oriente
Su rostro Apolo mostraba,
Las lágrimas enjugando
Que vertió su dulce hermana:
Por él la encogida rosa
Las hojas tiende y ensancha,
Y Clicie comienza el curso
Que hace mirando su cara.
En esta sazón Lisaro,
A quien fortuna contraria
Hizo enemigo á la vida,
Y amigo á la muerte amarga;
Cuanto infelice gallardo,
En una yegua alazana
Con tardo curso camina
Por la vega de Granada.

T. X.

Mil veces la ciudad mira,
En agua los ojos baña,
Y procurando hablar
Su voz un suspiro ataja;
Pero del dolor forzado
Voz y suspiro acompaña,
Cansado de un dolor fiero
Que ya con su vida acaba.
—¿Zoraida, dice, que olvidas
A quien muriendo te llama,
A mis antiguos servicios
Pagaste al fin como ingrata!
¿No soy yo quien pudo un tiempo
Encender tu nieve helada,
Cuando decias: de Lisaro
Ha de ser siempre Zoraida?
¿Cómo olvidaste esta fe,
Y á quien tanto te agradaba,
Condenas á daño eterno
Nacido de tu mudanza?
¿Y tú, Rey, que has conocido
El valor de aquesta espada,
Rayo que ofende y deshace
A quien tus leyes no guarda;
Pues tal concierto ordenaste,
Poco mi vida te agrada,
Que mal admite concierto
La division que tal causa!
¿Dejárasme que muriera
Receloso de mi alma,
Y no me dieras la muerte
Entre muertas esperanzas!
¿Consintieras que Abenzaide
Por ventura ó por ventaja,
Diera fin á aquesta vida
Que me ofende sin Zoraida!—
Esto dijo, y del turbante
Una pluma verde arranca,
Y espárcela por el viento
Que hasta el cielo la levanta.
—Huye de mí, dijo el moro,
Que tu color no me agrada,
Pues tras un desden tan claro
No habrá lugar de esperanza.—

(Romancero general.)

188.

LISARO. — II.

(Anónimo.)

Lisaro que fué en Granada
Cabeza de los Cegries,
Mas gallardo en guerra y paz
Que el mejor Almoralfé,
Salió de Alcalá de Henáres
Donde sirviendo reside
El alcaldía famosa
Que le dió su rey Jarife.
No va cual suele á Toledo
A jugar cañas, ni viste
Morado alquicel de seda,
Ni dorado alfanje fino.
No siembra bonete azul
De granates y amatistes,
Ni lleva listadas de oro
Blancas tocas tunecies.
Sale buscando furioso
A su Zoraida, á quien sirve,
Y á su padre que la lleva,
Siguiendo á quien le persigue.
Encerrarla quiere el moro
Por sospechas que le oprimen,
Siendo tal, que puede al templo
Llevar el agua del Tiber!
Con estas ansias Lisaro
Hace que su gente aplique
Al color del corazon
El vestido negro y triste.

7

Cuatro moros le acompañan,
 Todos de negro se visten:
 De negro son los jaeces,
 Y de luto los tahalies.
 En alfanjes y acicates
 Relumbran nuevos matices,
 Y negras las estriberas,
 De Córdoba borceguies:
 Las lanzas de color negro,
 Los hierros la vista impiden,
 Hasta las blancas adargas
 Con bandas negras dividen.
 Yeguas negras andaluzas
 Que al viento los pasos miden,
 Solo los frenos son blancos
 Por la espuma que los tiñe.
 Lisaro, solo entre todos
 Un ramo de laurel ciñe
 A la toca del bonete,
 Entre los penachos tristes.
 En el camino se para,
 Aunque importa que camine
 Y mirando el ramo verde
 A sus esperanzas dice:
 —Solo en mi deseo pudo
 Ser poderoso y posible
 Nacer de esperanzas verdes
 La muerte que le marchite.
 En las manos de Zoraida,
 Alegre ramo, naciste,
 Con tan dichosos principios
 Que esperaba alegres fines;
 Mas en la flor de tu gloria
 Cuatro enemigos tuviste,
 Agua, fuego, nieve y viento,
 Que aun cortado te persiguen:
 Pero aunque voy á la muerte
 No he querido que te prive
 De que este mi luto veas
 Tú que mi esperanza fuiste,
 Para que en mi sepultura
 El que te viere imagine,
 Qué el dueño de tanto bien
 Vivo muere, y muerto vive.—
 Tales quejas dice el moro,
 Cual suele en su muerte el cisne,
 Cuando amor muestra á Zoraida,
 Que tiene vista de lince.
 Lisaro avisa á su gente,
 Hace que las yeguas piquen,
 Y los caballos contrarios
 Que alborotados relinchen.
 Pónensele á la defensa;
 Pero de poco les sirve,
 Porque al fin vuelve á Alcalá
 Con su esposa alegre y libre.

(Romancero general.)

Hace alusión á las vestales.

ROMANCE DE MOHACEN.

189.

MOHACEN.

(Anónimo.)

Antes que el sol su luz muestre
 La suya Venus nos muestra,
 Anunciador cierto y claro
 De la Aurora y su luz bella,
 A tal hora, que en Granada
 Gran alboroto se suena
 De atambores y clarines,
 De añafles y trompetas,
 Que hacen de la gente alarde,
 Y tocan á la resaña.
 Quiere el Rey salir á vello,

Y con sus damas la Reina;
 Y luego como el sol sale,
 Salen moros á la vega,
 Los mas bravos y galanes
 Que empuñan lanza ó gineta,
 Vestidos y aderezados
 Al fin, como para muestra.
 Los que en solo guerra tratan
 Llevan adornos de guerra,
 Los que son enamorados
 Llevan divisas y empresas.
 Un gran mirador se hizo
 Para que los reyes vean
 Despues pasar las cuadrillas,
 Y escaramuzar los dellas.
 Ya vienen, y van pasando
 De cinco en cinco en hilera
 Los de Ubeda y Andújar,
 Los de Córdoba y Baeza,
 De Málaga y de Jaen,
 De Ecija y de Lucena,
 De Velez y de Molina,
 De Jerez de la Frontera.
 Entre todos se señala
 Mohacen el de Antequera,
 En su caballo picazo,
 Con marlota blanca y negra;
 Negro y blanco el capellar,
 Cabezadas y estriberas;
 Negras y blancas las plumas,
 Las borlas y la bandera;
 De negro toda la adarga,
 Y de plata mil estrellas:
 Un cendal negro en el brazo,
 Y el blanco brazo de fuera,
 Y en la muñeca una ajorca
 Que le dió de su muñeca
 Celinda, de perlas y oro,
 Linda, mas que el oro y perlas.
 Va tan lozano y gallardo
 Que apenas toca la tierra;
 Lleva los ojos á todos,
 Y á todos el alma lleva,
 Y á quien le rinde la suya
 Baja el moro la cabeza,
 Y vióla mas bella y clara,
 Que la aurora clara y bella
 Diferenciándose á todas,
 Como la flor á las yerbas.
 Mohacen la miró alegre,
 Y ella le miró risueña;
 Habláronse con los ojos,
 Que son de las almas lenguas.
 En esto se pasó el moro,
 Y ella traspasada queda,
 Con la mano en la mejilla,
 Contemplativa y suspensa;
 Y dijo, considerando
 Del moro la gentileza:
 —Alá, Mohacen, te guarde,
 Mahoma te favorezca,
 Y en guerra ó en paz que trates,
 Próspero fin te suceda:
 Respénte los amigos,
 Los enemigos te teman,
 Las banderas de sus manos
 Debajo tus piés las veas:
 Sea tu lanza de diamante,
 Las tuyas sean de cera,
 Porque los hieras y mates,
 Y no te maten ni hieran.
 Las damas, entre galanes,
 Por el mas galan te tengan,
 Y en las fiestas y en las cañas
 Mas que todos bien parezcas,
 Y las damas que quisieres
 Mucho mas que á sí te quieran.
 Nunca entre en su pecho olvido,
 Ni en el tuyo entre sospecha:

Si competidor tuvieres,
 A tí solo favorezca,
 Y si con ella casares
 No te engañe ni te mienta,
 Y tal gusto en ella halles
 Que á todas dejes por ella:
 Tengas desengaño en celos,
 Y sufrimiento en ausencia:
 Levántete la fortuna,
 Y fije el clavo en su rueda.—
 Nunca Celinda acabara
 Mas la escaramuza empieza,
 Y vió ir su moro delante,
 Porque á todos atras deja;
 Y así trabada entre todos
 Duró gran rato la fiesta,
 Y volviéronse á Granada,
 Donde otra fiesta se ordena.

(Romancero general.)

ROMANCES DE MANILORO.

190.

MANILORO.—I.

(Anónimo.)

En la mas terrible noche
 Que envió la tierra al cielo
 De viento y oscuridad,
 Soledad, frio y silencio;
 Cuando todos se recrean
 En blandos y dulces lechos,
 Deja Maniloro á Ronda,
 Bramando de mal de celos.
 Al cielo pide venganza,
 Y el suelo tiembla de miedo,
 Porque conoce sus furias
 Y ha visto sus golpes fieros.
 Maldice su corta suerte,
 Maldice la fiesta y juego
 Donde vió la desventura
 Que recelaba su pecho.
 Cuanto levaba vestido
 Publicaba su tormento,
 Con recelosas medallas
 Y cifras puestas á trechos.
 Llevaba una yegua baya,
 Y escrito en un jaez negro:
 «Vaya, quien supo mudarse
 Fuera de mi firme pecho».
 Con una marlota azul
 De esperanza y cautiverio,
 Llevaba unos eslabones,
 Y este mote puesto en medio:
 «Cautivó mis esperanzas
 Un moro, no caballero,
 Que si caballero fuera,
 No fuera mi mal tan fiero».
 En un capellar pajizo
 Llevaba de azules veros¹
 Una cenefa vistosa,
 Y este mote en medio puesto:
 «Veros me dió nueva vida,
 Y fuera vida no veros;
 Pues de veros vi mis veras
 Vueltas en burlas y juegos».
 Un bonete de brocado
 Sembrado de camafeos,
 Y por plumas dos espigas,
 Y un pájaro en medio puesto,
 Y dice la letra así:
 «Granó sin sazón ni tiempo,
 Y el pájaro mas cercano
 La comió por ser primero»;
 Y por medalla un delfín,
 Torcida la cola al cuello,
 Con una letra que dice:

«Del-fin me quedó el deseo»:
 Un borcegni turquesado
 De dorados sellos lleno,
 Y en cada sello dos caras,
 De donde nació su duelo;
 Y en medio de un ancho mar
 Una ballena huyendo,
 Y por letra: «Mi esperanza
 Va llena de descontento».
 A los cabos de la adarga
 Llevaba los cuatro vientos,
 Con una letra que dice:
 «El menor pidiera de ellos».
 Al lado de la capilla
 Llevaba en el hombro izquierdo
 Pintado un blanco unicornio,
 Y escrito en medio del cuerno:
 «Uno solo puede dar
 A mil mundos descontento,
 Y el que mas de uno sufriese
 Sufriría carga de ciento».
 Entre cansadas divisas
 Iba bramando y muriendo,
 Y entre rabiosos suspiros
 Hablando consigo mismo:
 —¡Mal haya el hombre que fi
 De mujer y sus contentos,
 Pues sabe que sus dulzuras
 Son ponzoñosos venenos!
 A un agravio tan notable
 Mi brazo pondrá remedio,
 Con revolcarme en la sangre
 Del que oscureció mi cielo.
 Pero no tiene él la culpa,
 Porque va tras su deseo,
 Sino tú, que le creiste
 Sus ternuras y requiebros.
 ¡Mal se sirven dos señores,
 Que es carga de grave peso,
 Y el bien mas alto se pierde
 Cuando lleva mas de un dueño!
 Mas ten por cierto, Zoraida,
 Que estás ya muerta en mi pecho,
 Que mora que quiso á dos
 Podrá querer á trescientos.—

(Romancero general.)

¹ Especie de campanitas de plata y azul, de las que se usan en el blason, parecidas á la flor llamada sombrerillo.

191.

MANILORO.—II.

(Anónimo.)

En un alegre jardín
 Que un ancho estanque cercaba,
 Donde no se puede entrar
 Sin fuerza de remo y barca,
 Cuyas cercas de alabastro
 Con barandillas doradas
 Ha tejido el arrayan
 Naranjas, cedros y parras;
 A sombra de unos jardines,
 Recostada entre unas matas
 De claveles y alelites
 Y de violetas doradas,
 Gozando del dulce sitio
 Que está brotando esperanzas
 Está la bella Celinda
 Rendida de ausentes ansias.
 Como fué su mal con yerba,
 Entre las yerbas descansa,
 Pensando que yerbas pueden
 Sanar heridas del alma.
 Una gloria la entretiene,
 Y esta gloria es la palabra
 Del alcaide Maniloro,
 Alcaide y rey de su alma.

Ausencia le hace guerra
Y el fuego de sus entrañas,
Que está su galan en Ronda,
Do tuvo en tiempo otra dama.
Bien reconoce Celinda
Que es de Maniloro amada;
Pero teme, que la ausencia
Es madre de la mudanza,
Y teme, que su galan
Está do sirvió á Zoraida,
Y llagas viejas de amor
Sanan muy tarde, si sanan.
El día del Santo espera,¹
A quien la gente villana
Celebra la noche y día
Con escaramuza y zambras.
Para este día la dijo
Que le aguardase en su alcázar,
Que estarán de paz los campos
Con las bodas de Daraja.
Con esta esperanza vive
De esperar desesperada,
Que la esperanza mas corta
El mucho amor la hace larga:
Así, para consolarse
Abrió una dorada caja,
A donde tenia dos prendas
De la prenda que mas ama:
La una era un ramillete
De azules flores y blancas,
Y besándole le dice
Enternecida y turbada;
— De celos y castidad
Os vistieron, no sin causa,
Para avisarme con vos
Que sea celosa y casta.
No faltarán de mi celos
Mientras vuestro dueño falta,
Ni castidad en mi pecho,
Que mi amor mas que esto manda.—
Una toca es la otra prenda,
Con que el moro jugó cañas,
Y del juego vino el fuego
Que de juego á fuego pasa;
Y descogiendo la toca,
La toca en el pecho y alma,
Pensando con tal reliquia
Sanar su sedienta rabia.
Como el mordido del perro
Con pelos del perro sana,
Y al que picó el escorpion
Que con su aceite descansa,
Así se cura la mora
Con prendas de amor sus llagas
Y dándole dos mil besos,
Con su toca y señor habla:
— Sin mas tormento de toca²
Recibe á prueba mi causa,
Pues tengo yo confesado
Que nací siendo tu esclava.—

(Romancero general.)

¹ El día de San Juan Bautista.² Alude á un instrumento que servia para atormentar á los reos.

ROMANCES DE AZARQUE EL DE OCAÑA.

192.

AZARQUE DE OCAÑA. — I.

(Anónimo.)

El rey Marruecos un día
El claro Tajo miraba,
Lleno de imaginaciones,
Y de celos llena el alma.
Miraba cómo los rayos

Del sol hacian en el agua
Unas veces oro fino,
Y otras veces fina plata,
Cuando vido que salian
Por entre flores y plantas.
El valiente Sarracino
Y la bella Galiana:
Tras ellos en compañía
Azarque y su Celindaja,
Y trabados de las manos
Jarifa con Abenamar,
Y á la postre en escuadron
Número de muchas damas,
Entre las cuales la Reina
Viene á ver bailar la zambra.
Llegados en esta forma
Todos al Rey se humillaban,
Y haciéndose acatamiento
Las dos majestades altas,
Asiento piden al punto
Que ya la zambra tocaban,
Cuando vieron la divisa
Que Sarracino sacaba.
Una rueda de fortuna
En una marlota parda,
Que sujeta la tenia
A la causa de su dama,
Con esta letra que dice:
« Jamas me será voltaria,
» Quien se t-me de la vuelta
» De tan hermosa contraria? »
Abenamar por Jarifa
Otra divisa sacaba,
No ménos discreta y bella,
Ni del Rey ménos mirada.
Un mundo negro bordado
En un escudo de grana,
Con esta letra por orla:
« Mas merece quien me manda »
Azarque, en el campo verde
Y en su marlota morada,
Mostraba dos aficiones
Ser iguales y contrarias,
Que eran dos manos asidas
Que en un corazón tocaban,
Y en medio de ellas Cupido
Echando en el arco jaras,
Y esta letra le responde:
« No se teme la mudanza
» En los que en igual padecen,
» Y se pagan con dos almas ».
El Rey se picó en la letra
Que el bravo moro llevaba,
Viendo que era por su mora,
Y mandó cesar la zambra.
Mas por no dar á entender
El fuego que le abrasaba,
Quiso fingir á la Reina
Que toca Toledo al arma.
Las damas que lo entendieron,
Rogaron á Celindaja
Que de su parte le pida
Al Rey, que deje la saña.
No fué mucho menester
A la mora importunalla;
Mas fué por daño de Azarque
Hacer al Rey tal demanda,
Que llamándole pechero
Le desterró de su casa
Con admiracion de todos,
Viendo el hecho y no la causa.
Unos dicen que son celos,
Otros que celos no bastan
Para afrentar un vasallo
Que de noble tiene fama.
Azarque las manos muerde,
Desnuda el moro su espada;
Alborotáronse todos,
Celindaja se desmaya,

ROMANCES MORISCOS NOVELESCOS.

El Rey desnudó la suya,
Sarracino y Abenamar
En lugar de meter paz
Metieron mayor cizaña:
Hiciéronse con Azarque,
Y son muchos de su banda:
El Rey, que solo se vió,
Procuró dejar las armas:
Y en esto paró la fiesta
Y el contento de las damas:
Volvióse el Rey á Toledo,
Y Azarque fué á su Ocaña.

(Romancero general.)

¹ Este romance y los que le siguen, hasta el del núm. 213 inclusive, se refieren á una época anterior á la reconquista de Andalucía.

193.

AZARQUE DE OCAÑA. — II.

(Anónimo.)

Azarque, bizarro moro,
Ordena un juego de cañas
En la célebre Toledo,
En honra de Celindaja,
Mora que al Rey arruina,
Y á Azarque encumbra y ensalza,
Que le honra y obedece,
Y al Rey como esclavo trata.
Juntase gente diversa,
La mas ilustre de España;
Los Gazules de Alcalá,
Y de Ronda los Audallas,
Bizarros Almoradies,
Vanegas fuertes y Mazas,
De Córdoba Sarracinos,
Y Gomeles de Granada,
Y otros muchos caballeros
Fuertes, de destreza extraña,
Galanamente vestidos
Por las manos de sus damas.
Toledo estaba suspenso
De tal bizarría y gala,
De verlos todos iguales
En fuerza, valor y traza.
Entraron pues los Gazules
Con marlotas coloradas,
Con franjones de oro fino,
Y una cifra por medalla:
Llevan por divisa un mar
Con unas olas muy altas,
Con una letra que dice:
« A todo el mundo avasalla. »
Los Audallas le siguieron
Con las marlotas doradas,
Bonetes con muchas plumas
Pardas, azules y blancas.
Por divisa va Cupido
En una torre muy alta,
Con esta letra que dice:
« Favorezco á quien me ensalza. »
Salieron los Sarracinos,
Que mas estos se aventajan,
De azul, morado y pajizo,
Y dos bigas por medallas.
Llevan por divisa un mundo,
Y un moro que lo contrasta;
Una letra va que dice:
« Este, y otros mil que haya. »
Los de Granada salieron
Todos en gran camarada,
Galanes á maravilla
Con libreas encarnadas,
Y sacaron por divisa
Una hermosa granada,
Y una letra en la corona:
« No osará nadie miralla. »

Luego vienen los Azárques
Que á los demas avasallan,
Arrogantes mas que todos,
Con las marlotas de gualdas
Azarque se señaló,
A él reconocen ventaja,
Porque su marlota iba
Labrada por Celindaja.
Lleva por divisa un sol
Que al mediodía llegaba;
La letra que lleva dice:
« ¡Disparate es comparalla! »
Cuando ella le vido entrar
De su asiento se levanta;
Hízole su acatamiento,
Y él á ella se inclinaba.
El Rey cuando vido esto,
Con cólera ciega y brava
A sus vasallos les grita:
— Atravesadle una lanza.—
Celindaja á los demas
Gritó desde su ventana,
Y sin temer nada al Rey
Con los caballeros habla:
— Caballeros andaluces,
Librad su cuerpo y mi alma,
Mirad que matan á dos,
Pensando que uno matan.—
Luego la fiesta se vuelve
En una fiera batalla;
Castellanos y andaluces
Allí se dan de las astas.
Galan y dama prendieron,
Aunque hay muchos de su banda,
Puesto que no hay quien resista
Lo que un Rey celoso manda.

(Romancero general.)

194.

AZARQUE DE OCAÑA. — III.

(Anónimo.)

Ocho á ocho y diez á diez
Sarracinos y Aliatares
Juegan cañas en Toledo
Contra Adalifes y Azarques.
Publicó fiestas el Rey
Por las ya juradas paces
De Zaide, rey de Belchite,
Y del valenciano Tarfe.
Otros dicen que estas nuevas
Al Rey sirvieron de achaque,
Y que Celindaja ordena
Sus fiestas y sus pesares.
Entraron los Sarracinos
En caballos alazanes,
De naranjado y de verde
Marlotas y capellares:
En las adargas traian
Por empresas sus alfanjes
Hechos arcos de Cupido,
Y por letra: « Fuego y sangre. »
Iguals en las parejas
Les siguen los Aliatares,
Con encarnadas libreas
Llenas de blancos follajes.
Llevan por divisa un cielo
Sobre los hombros de Atlante,
Y un moro Aliatar diciendo:
« Tendréle cuando se canse. »
Los Adalifes siguieron
Muy costosos y galanes,
De encarnado y amarillo,
Y por mangas almazares.
Era su divisa un mundo
Que le deshace un salvaje,
Y un mote sobre un baston
En que dice: « Fuerzas valen. »